

*Hemos perdido a Sión.
Hemos perdido a Toledo.
No queda consolación.*

Cuando en el año 2000 el Reino de Redonda le concedió el ducado de Bernal, Ian Michael ya había cruzado el imperio de Alejandro Magno en la máquina voladora (*Alexander's Flying Machine: the History of a Legend*, 1975), la Castilla cidiana (*Poema de Mío Cid*, edición, introducción y notas, 1976), las selvas artúricas («The Spanish Perceforest: a Recent Discovery», 1973), el jardín de Melíbea («La *Celestina* de Palacio: el redescubrimiento del ms. II/1520 y su procedencia segoviana», 1991) y había contemplado las costas de Dover desde la nave de Diego Sarmiento de Acuña («La casa del Sol: la biblioteca del conde de Gondomar en 1619-1623 y su dispersión en 1806», 1996). También había compartido algún vaso de vino con Berceo escuchándole contar milagros y vidas de santos, al tiempo que tomaba notas para una edición crítica (2006).

Los manuscritos de la Real Biblioteca habían sido el punto de partida de algunas de las singladuras que le consagraron como especialista en temas y personajes —*Celestina*, *Perceforest*, *Gondomar*— y que indefectiblemente se identifican con este estudioso singular y bifronte, medievalista y autor de novela negra bajo el seudónimo de David Serafín. Fue precisamente el inspector Luis Bernal —héroe de sus *thrillers*— quien proporcionó el título a su ducado. Y en esto mostró el rey de Redonda que concertarse con el juego de la verosimilitud y de la ironía con la que Ian Michael transitaba entre sus mundos, era la forma mejor de rendirle homenaje.



Michael atribuía al magnetismo que ejercieron sobre las autoridades del centro su licenciatura en el King's College de Londres (1957) y su título de catedrático Rey Alfonso XIII de la Universidad de Oxford (1982), salvoconductos con los que franqueó el umbral de la biblioteca de palacio. Hasta los años noventa del pasado siglo, el cernedor de acceso a los fondos bibliográficos palatinos era muy tupido y una vitola así, extranjerizante y monárquica, podía ensanchar la malla y facilitar el paso. Sir Peter Russell, duque de Plazatoro de Redonda (1999), y él, hilvanaban relatos fronterizos con la ficción, propios de los *Inkelings*, sobre sus sesiones de investigación y las estrategias quiméricas tejidas para conseguir la consulta del *Epitoma rei militaris*, la *Comedia de Calisto y Melíbea* o la *historia del noble rey Persefones y el esforçado Gadifer, su hermano*. Estrambóticas, hilarantes, pero por qué dudar de la autenticidad de estas vivencias inverosímiles en la biblioteca de palacio cuando quien las narraba había sido espía, cruzado el Atlántico en un buque de la Royal Navy con los duques de Windsor para alcanzar el gobierno de las Bahamas, había llegado a joven promesa de rugby o había ganado el premio de la Crime Writers Association's John Creasey (1979) y, simultáneamente, una bibliografía apabullante y ediciones críticas de los clásicos españoles le acreditaba como consagrado estudioso e historiador hispanista. Las biografías de estos duques parecían producto de un jueves en *The Eagle and Child* y tenían el sabor de las pintas de cerveza; nada de lo que Russell o Michael pudiesen haber vivido podía haber sido habitual o rutinario. Y si lo había sido, ya se encargaban ellos, con su español impoluto, de transformarlo en una vivencia inusual.

A Michael todos le asociamos en primera instancia a su emblemática edición del *Poema de Mío Cid* para la editorial Castalia (1976), un texto curricular de los estudios literarios hispánicos y con un estudio precedente, *The Treatment of Classical Material in the Libro de Alexandre* (Manchester University Press, 1970). Sin embargo, «How Don Quixote came to Oxford» (2001) expresa para mí una faceta de sus estudios en la que confluyamos indomablemente: la historia del libro, de las bibliotecas y del coleccionismo. Este estudio de los dos ejemplares del *Quijote* de Juan de la Cuesta de 1605 de la Bodleian Library, señala la importancia del análisis bibliográfico y los avances que se alcanzan al aplicar los resultados de otro tipo de investigaciones a la observación directa del

AVISOS

ejemplar. Este trabajo de Michael, que se imbricaba en la vía que había abierto «Prisas y prensas para el primer Quijote» (1996) – refundido en «Don Quijote, Madrid, 1604, en prensa» (1999)– de Francisco Rico, servía para afianzar las hipótesis sobre las posibilidades de circulación y de lectura de esta primera edición en Inglaterra entre 1605 y 1606 que el historiador Roger Chartier propuso en *Cardenio entre Cervantes et Shakespeare. Histoire d'une pièce perdue* (Gallimard, 2011). En 2008, la localización, por parte de Fernando Bouza, de la licencia y privilegio de impresión del *Quijote* en las escribanías del Consejo de Castilla supuso un punto de inflexión sobre la historia de la edición del *Quijote*. Para el estudio del expediente y la reconstrucción del proceso editorial, la intervención de Ian Michael fue imprescindible porque permitió corroborar que la letra del texto presentado en 1604 era de mano del librero Francisco de Robles. «Dásele licencia y privilegio». Don Quijote y la aprobación de libros en el Siglo de Oro» (2012), de Fernando Bouza, es el brillante corolario de una investigación de largo recorrido internacional y multidisciplinar sobre este clásico alentada por la celebración del centenario del *Quijote*.

Sciences through the Ages, en 1986, anudó nuestra amistad en la Divinity School de Oxford, donde comisarié la exposición organizada por Jaime Salinas, Director General del Libro y Bibliotecas. Compartir con idéntico entusiasmo las cincuenta y cuatro piezas manuscritas e impresas de la Biblioteca Nacional, que había seleccionado, anticipaba un futuro de estrecha colaboración a caballo entre Madrid y Oxford. El *Libro Antiguo Español* y los *Avisos* de la Real Biblioteca –por citar dos publicaciones de largo aliento– testimonian la alianza común con el libro y su historia. Repasar la densa bibliografía de Ian Michael es, de algún modo, transitar por treinta y cuatro años de esta cooperación en los estudios y en la promoción del conocimiento del patrimonio bibliográfico histórico. El vínculo de Ian Michael con las bibliotecas era otro compromiso vivo y compartido por los dos: la Tayloriana de Oxford, la Biblioteca Nacional y la Real Biblioteca se beneficiaron de su generosidad y de su conocimiento. Cuando, en 2009, el Ministerio de Cultura le designó Vocal del Real Patronato de la Biblioteca Nacional, Ian Michael llevaba medio siglo frecuentándola, era un testigo de su historia y un profundo conocedor de su pasado, como recogió en «The Spanish Civil War and the Care of Books in Madrid» (1996).

Para la Real Biblioteca fue un asesor impenitente. Un ejemplo entre muchos fueron los Seminarios «Letras, despachos y negociaciones: Fondos de servidores de la Monarquía Hispánica», que celebramos bajo la presidencia de Sir John Elliott, y en especial el inaugural, en 1999, dedicado al conde de Gondomar, y en el que su sugestiva intervención logró que se prolongara hasta el Támesis la Sala de Investigadores de la Real Biblioteca. Artículos como «John Bill, agente librero de Sir Thomas Bodley, impresor real de Jacobo I» (2006), que escribió a la memoria de otro nombre indispensable en los estudios del libro español, Klaus Wagner, es solo uno de los muchos que dedicó a Diego Sarmiento de Acuña, embajador de Felipe III en la corte de Jacobo I, trabajos que permitieron avanzar en la investigación de una de las colecciones más preciadas de la palatina, el fondo Gondomar. Esa labor científica de Ian Michael se correspondía con el empeño de la Real Biblioteca en la investigación y en el desarrollo de herramientas electrónicas que han permitido una recuperación precisa de la correspondencia gondomarina y la identificación inequívoca de los ejemplares que conformaron la librería del conde, desde la historia de sus procedencias anteriores a Sarmiento de Acuña hasta su localización precisa en la biblioteca de la Casa del Sol en 1623. Sus trabajos sobre el conde de Gondomar señalan también el talento de Michael, abierto a la cooperación y alentador de las carreras investigadoras de los jóvenes. Un ejemplo es la firma conjunta con José Antonio Ahijado, Ayudante de la Real Biblioteca, de uno de estos artículos cruciales sobre la librería vallisoletana de Gondomar que citamos anteriormente.

La edición de los *Milagros* de Berceo, su último trabajo, que editó con Juan Carlos Bayo, muestra este enraizado compromiso: *Las peripecias de una nueva edición crítica de los «Milagros de Nuestra Señora» de Berceo* condensa dos décadas de investigación sobre el texto, un tiempo salpicado e interrumpido por la dedicación docente y los compromisos universitarios. «A María Luisa, Veinte años en preparación, dos años en producción, y ¡he aquí la obra!». Con el abrazo de siempre, firmaba Ian mi ejemplar en septiembre de 2006. En 1999, le impresionó la defensa de la tesis sobre la versificación del *Poema de Mío Cid* (1999) del doctorando Bayo y en el 2000 le ofreció ser Ayudante de Investigación en Oxford. Y así lo declaró por escrito: «Si el 95% del texto crítico es mío, el 95% del *apparatus criticus* es suyo, a la vez que compartimos la Introducción y Bibliografía, por ello vamos a publicar la edición con la firma de nosotros dos».

Una honradez intelectual normal y no habitual que alcanzaba a todos los ámbitos. Michael también la puso en práctica al admitir la existencia de la descripción catalográfica del manuscrito fragmentario de la *Comedia de Calisto y Melibea*. Un gesto casi inusitado, el de renunciar al valor añadido que da al estudio de una pieza el anuncio de un supuesto descubrimiento.

El pasado mes de julio, varios reinos, entre ellos el de Redonda, han perdido a un duque. No hay remplazo. No hay sucesor.

AVISOS

NOTICIAS DE LA REAL BIBLIOTECA, AÑO XXVI, NUM. 91 (MAYO-AGOSTO, 2020)

NIPO: 093-20-007-5
D.L.: M-1496-1996